

hace más de sesenta siglos vienen contemplando ansiosos y dulcemente embelesados los ángeles; y la contemplarán sin pestañear y sin cansarse por toda la eternidad.!

Y ¿qué! Esa eterna hermosura, esa inagotable fuente de todo bien, ese inmenso piélago de suavidad, de riqueza, de misericordia, de santidad y de justicia. ¿nada dice á mi corazón.? Pues si en El encuentro todo lo bueno ¿por qué aficionarne á las miserables naderías del mundo, que, sobre ser pobres y mezquinas, tan pronto pasan.? ¿Cómo no amar con toda el alma á este divino Dueño, que tanto me ha favorecido y esperado, que en mi vive, que á mi bien dedica sus amorosos cuidados y su infinito poder, á este Señor de tan adorable majestad y de tan encantadora belleza.?

Afectos. Propósitos. Coloquios.

El "Angelus Domini" y el "Regina Coeli."

El Seráfico Doctor San Buenaventura, en un Capítulo general celebrado en Pisa, mandó á todos los Padres de su Orden que exhortasen á los fieles á venerar, al oír por la tarde el sonido de la campana, el misterio de la Encarnación, rezando tres veces el *Ave Maria*. Esta piadosa práctica, introducida más tarde en otros países, fué aprobada por Juan XXII en una Bula expedida en Aviñón el 13 de Octubre de 1318, concediéndole algunos días de indulgencia. Tal fué el origen del *Angelus*.

V. *Angelus Domini nuntiavit* V. El Angel del Señor anunció
María. á María.
R. *Et concepit de Spiritu* R. Y concibió del Espíritu
Santo. Santo.
Ave, María. *Dios te salve, María.*

V. *Ecce ancilla Domini.* V. He aquí la esclava del Señor.
R. *Fiat mihi secundum ver-* R. Hágase en mí según tu pa-
bum tuum. labra.
Ave, María. *Dios te salve, María.*

V. *Et Verbum carofactum est.* V. Y el Verbo se hizo carne.
R. *Et habitavit in nobis.* R. Y habitó entre nosotros.
Ave, María. *Dios te salve, María.*

V. *Ora pro nobis, sancta Dei* V. Ruega por nosotros, santa
Genitrix. Madre de Dios.
R. *Ut digni efficiamur pro-* R. Para que seamos dignos
missionibus Christi. de alcanzar las prome-
sas de Jesucristo.

OREMUS.

Gratiam tuam, quasumus,
Domine, mentibus nostris in-
fundare; ut qui, Angelo nun-
tiantes, Christi Filii tui In-
carnationem cognovimus, per
Passionem ejus et Crucem ad
Resurrectionis gloriam per-
ducamur, Per eundem Chri-
stum Dominum nostrum.
Amén.

Oremus.

Rogámoste, Señor, que infundáis vuestra gracia en nuestras almas, para que, pues hemos creído la Encarnación de Vuestro Hijo y Señor nuestro Jesucristo, anunciada por el Angel, por los merecimientos de su santísima Pasión y muerte alcancemos la gloria de su Resurrección. Por el mismo Cristo, nuestro Señor. Amén.

(Durante el tiempo Pascual, en lugar del "Angelus," se reza en pie el "Regina coeli.")

Regina coeli laetare, alleluia; Alegraos, Reina del Cielo, alleluia;
Quia quem meruisti portare, alleluia; Porque el que habéis merecido llevar en vuestro seno virginal, alleluia,
Resurrexit, sicut dixit, alleluia; Resucitó, como lo había dicho, alleluia,
Ora pro nobis Deum, alleluia. Rogad á Dios por no sotros, alleluia.
V. Gaude et lactare, Virgo Maria, alleluia. V. Gozáos y alegráos, Virgen María, alleluia.
R. Quia surrexit Dominus vere, alleluia. R. Porque el Señor verdaderamente ha resucitado, alleluia.

OREMUS.

Deus, qui per Resurrectionem Filii tui Domini nostri Iesu Christi mundum letificare dignatus es: praesta, quesumus, ut per ejus Genetricem Virginem Mariam perpetuae capiamus gaudia vitae. Per eumdem Christum Domini nostrum. Amen.

Indulgencia plenaria una vez al mes, el día que elijan, para todos los fieles que cada día, al toque de la campana,¹ por la madrugada, ó al medio día ó al anocheecer, recen devotamente, y *de rodillas*, el *Angelus* con las tres Ave Marías; á condición de que se confiesen, comulguen y oren según las intenciones ordinarias. *Cien días*, en todos los demás días del año,

¹ Para ganar estas indulgencias, no es necesario que la campana esté bendita. (Decretos auténticos, núm. 414.)

cada vez que recen con el corazón contrito y con devoción el *Angelus* con las tres Ave Marías. Estas indulgencias no quedan suspendidas durante el año santo.

Los religiosos, religiosas y demás personas que vivan en comunidad, si no pueden rezar el *Angelus* ó el *Regina coeli* al toque de la campana, por estar ocupados en ese momento en algún ejercicio de Regla; ganan del mismo modo las indulgencias,² con tal que lo recen inmediatamente que terminen ese ejercicio.

Estas preces deben rezarse *en pie* todos los domingos del año,³ desde las primeras vísperas del sábado.

Durante el *tiempo de Pascua*, desde el Alleluia de la Misa del Sábado Santo hasta después de la Misa del Sábado después de Pentecostés, en vez del "*Angelus*," se reza el "*Regina coeli*"⁴ *en pie*, con el verso y la oración correspondiente. Los que no sepan el *Regina coeli*, ganarán las indulgencias rezando el "*Angelus*."

Los fieles que *no hayan oído la campana*, ganan las indulgencias si á las horas designadas, poco más ó menos, rezan devotamente y con el corazón contrito⁵

¹ Benedicto XIV. Breve *Injunctae nobis*, del 14 de Septiembre de 1724.

² Rescripto de la S. Congregación de Indulgencias, de 5 de Diciembre de 1727.

³ Notificación del Cardenal Vicario, publicada el 20 de Abril de 1742.

⁴ No se ganan las indulgencias, si se rezan otros versículos ó responsorios distintos del expresado. (S. Congr., Indulg. en 12 de Marzo de 1855. Decr. autént. núm. 367, ad. 5.)

⁵ Pío VI, Rescripto de la Congregación de la Propaganda, el 18 de Marzo de 1781.

el *Angelus* ó el *Regina coeli*, según la diversidad de los tiempos.

Las mismas indulgencias ganan los fieles que por alguna causa razonable no puedan hincarse de rodillas ú oír el toque de la campana,¹ con tal que dignamente, con atención y devoción récen por la mañana, ó al medio día ó al anochecer, el *Angelus* y las tres *Ave Marias*, con el versículo *Ora pro nobis* y la oración *Gratiam tuam*,² y durante el tiempo de Pascua, el *Regina coeli* con el versículo y la oración correspondiente: el que no los sabe ó no sabe leer, debe rezar en cambio cinco *Ave Marias*.

En los tres últimos días de la *Semana santa* se pueden ganar también las indulgencias del *Angelus*,³ pero el Sábado santo á medio día debe rezarse ya en pie el *Regina coeli*.

ORACIONES PARA ANTES DE LA CONFESIÓN.

¡Oh clementísimo Dios y Señor mío! Gracias innumerables Os doy, porque, siendo tantos y tan graves mis pecados, no habéis permitido que muriese en estado tan miserable. Si hasta aquí he sido tan ingrato, firmemente propongo enmendar desde ahora mi vida, y en adelante corresponder diligente y reconocido á vuestras gracias. Y ahora, y siempre,

1 León XIII, por Rescripto de la S. Cong. de Indulgencias, del 3 de Abril de 1884.

2 Es necesario, para gozar de esta concesión; pues esos versículos y oración no son obligatorios para los que rezan el *Angelus* "de rodillas" y "al toque de la campana."

3 Declaración de la S. Congreg. de Indulgencias, del 19 de Junio de 1885.

Os alabo y Os bendigo con toda el alma, Dios y Señor mío, que vivís y reináis por los siglos de los siglos.—Amén.

Iluminadme, Señor, Vos que tenéis tan observada toda mi vida y hasta los últimos repliegues de mi conciencia. ¡Venid, verdadera Luz! y disipad las tinieblas de mi corazón, para que pueda ver con claridad qué es lo que en mí Os desagrada, llore contrito mis pecados, los confiese todos con humildad y propósito de la enmienda, y Os satisfaga en la medida de mi pequeñez y debilidad.

Recibid, Señor, la confesión que voy á hacer, y perdonadme, dulcísimo Jesús mío, á quien yo, pecador miserable, soy indigno de nombrar; pues tanto Os he ofendido por mi culpa, por mi culpa, por mi gravísima culpa. Ante Vos me postro rendido, oh Bondad infinita, y me confundo y avergüenzo de levantar ante Vos mis ojos, porque se han multiplicado mis iniquidades y me tienen agobiado como pesada carga..... Pero Vos, oh clementísimo Jesús, seréis propicio á este pobre pecador. "No me reprendáis en nifredo de vuestra saña, no me castigéis en la fuerza de vuestro enojo, ni me arrojéis de vuestra presencia! ¡Oh buen Jesús, que habéis dicho: "No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva;" dignaos acogerme, pues vuelvo á Vos, penitente y contrito! Vos sois mi Salvador y mi Dios; yo vuestro siervo, aunque malo, aunque indigno y pecador. Pero ¡perdón, oh Jesús piadosísimo! que habéis muerto en la cruz para salvar á los pecadores.

Concededme la gracia de una verdadera y perfecta contrición de mis pecados, para que los aborrezca y los deteste de lo íntimo de mi corazón. Enviad á mi alma un rayo de luz, que me haga conocer y confesar con dolor y arrepentimiento todas mis iniquidades é ingratitudes contra Vos.

¡Oh clementísima Virgen María, Madre amantísima de mi Señor Jesucristo, compadeceos de mí, é interceded en mi favor con vuestro divino Hijo. Pedidle para mí completo perdón de mis pecados, y perfecta enmienda de mi vida, para la salvación de mi alma y sempiterna gloria vuestra y de vuestro divino Hijo.—Amén.

La misma gracia os pido humildemente, santo Angel de mi guarda y santos Patronos míos. Santos y Santas de Dios, interceded por este pobre pecador, que se arrepiente de sus culpas, y quiere confesarlas y enmendarse de ellas.—Amén.

PARA DESPUES DE LA CONFESION.

ORACIÓN.

Os ruego, dulcísimo Jesús nño, por los méritos de la bienaventurada Virgen María, vuestra purísima Madre y de todos los santos, que Os sea accepta esta confesión que acabo de hacer, y suplán vuestra piedad é infinita misericordia lo que en ésta y en las demás confesiones haya faltado en suficiencia de contrición, pureza é integridad, de manera que, por vues-

tra paternal clemencia, plena y perfectamente me tengáis por absuelto en el cielo. Vos, que vivís y reináis con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.—Amén.

Vuelvo á Vos, oh benignísimo Jesús, y Os doy gracias por haberos dignado sanarme de la repugnante lepra de mis pecados. ¡Sea bendito Vuestro Nombre dulcísimo, oh buen Jesús, por los siglos de los siglos! Verdaderamente, Vos sois mi Jesús, es decir, mi Salvador, que á nadie rechazáis, aunque sea tan pecador como yo, que recibís en vuestra gracia á los que se Os acercan sinceramente arrepentidos y los inscribís en el número de vuestros hijos. Reconozco y bendigo, oh mi Jesús amabilísimo, esas tiernísimas entrañas de vuestra paternal misericordia, y desde hoy me consagro del todo á vuestro servicio. Ayudadme en mi debilidad, para que nunca vuelva á caer en mis anteriores pecados, ni jamás me separe de Vos. Estrechad con los brazos de Vuestro amor mi corazón y mi alma con tal fuerza, que pueda decir con el Apóstol: “¿Quién me separará del amor de Jesucristo?”

Salmo CII, en acción de gracias á Dios nuestro Señor, por el perdón de los pecados y demás beneficios que de El recibimos.

1. Bendice, oh alma mía, al Señor, y bendigan todas mis entrañas su santo Nombre.

2. Bendice al Señor, alma mía, y guárdate de olvidar ninguno de sus beneficios.
3. El es quien perdona todas tus maldades; quien sana todas tus dolencias.
4. Quien rescata de la muerte tu vida; el que te corona de misericordias y gracias.
5. El que sacia con sus bienes tus deseos; para que se renueve tu juventud como la del águila.
6. El Señor hace mercedes, y hace justicia á todos los que sufren agravios.
7. Hizo conocer á Moisés sus caminos, y á los hijos de Israel su voluntad.
8. Compasivo es el Señor y benigno, tardo en airarse y de gran clemencia.
9. No durará para siempre su enojo, ni estará amenazando perpetuamente.
10. No nos ha tratado según merecían nuestros pecados, ni dado el castigo debido á nuestras iniquidades.
11. Antes bien, cuanta es la elevación del cielo sobre la tierra, tanto ha engrandecido El su misericordia para con aquellos que le temen.
12. Cuanto dista el Oriente del Occidente, tan lejos ha echado de nosotros nuestras maldades.
13. Como un padre se compadece de sus hijos, así se ha compadecido el Señor de los que le temen.
14. Porque conoce bien El la fragilidad de nuestro ser. Tiene muy presente que somos polvo.
15. Y que los días del hombre son como el heno; cual flor del campo, así florece, y se seca.
16. Porque el espíritu estará en él como de paso:

y así el hombre dejará pronto de existir, y le desconocerá el lugar mismo que ocupaba.

17. Pero la misericordia del Señor permanece desde la eternidad, y para siempre sobre aquellos que le temen. Su justicia no abandonará jamás á los hijos y nietos.

18. De aquellos que observan su alianza, y conservan la memoria de sus mandamientos, para ponerlos en práctica.

19. El Señor asentó en el cielo su trono; y su reino dominará sobre todos.

20. Bendecid al Señor todos vosotros, oh ángeles suyos, vosotros de gran poder y virtud, ejecutores de sus órdenes, prontos á obedecer la voz de sus mandatos.

21. Bendecid al Señor todos vosotros que componéis su celestial milicia, ministros suyos que hacéis su voluntad.

22. Criaturas todas de Dios, en cualquier lugar de su universal imperio, bendice al Señor; bendice tú, oh alma mía, al Señor.

ORACIONES PARA ANTES DE LA COMUNION.

A la Mesa de tu dulcísimo banquete me acerco, oh Jesús mio piadosísimo, yo miserable pecador. Sin presumir de mérito alguno por mi parte, y confiando

1 Porque cuando el cuerpo y el alma después de la muerte se reunan, se admirará ésta, al ver inmortal al cuerpo que dejó mortal.

2 Esto es, su *fidelidad* en las promesas.

tan sólo en vuestra bondad y misericordia, temo acercarme á tan pura y altísima Majestad. Porque tengo el cuerpo y el corazón manchado con muchos crímenes, y no he guardado con vigilancia el entendimiento, ni la lengua. Por esto, yo miserable, vacilando entre tantas angustias, recurro, oh Majestad piadosísima, á la fuente inexhausta de misericordia. Me apresuro á venir, para que me sanéis; acójeme bajo vuestra poderosa protección, y no pudiendo presentarme á Vos como Juez, suspiro por abrazaros como á Salvador. A Vos, Señor, manifiesto avergonzado mis llagas; conozco mis pecados, veo que son muchos y enormes; y temo. Pero espero, sobre todo, en vuestras misericordias, que no tienen número. Miradme, pues, con ojos de clemencia, amabilísimo Jesús, Rey eterno, Dios y Hombre, crucificado por amor nuestro. Oídmе; pues espero en Vos, y apiadaos de mí, que estoy lleno de miserias y de pecados. Salve, Víctima saludable, ofrecida en el patíbulo de la cruz por mí y por todo el género humano. Salve, Sangre preciosa y nobilísima, que brotó de las Llagas de Cristo mi Señor crucificado, para lavar los pecados de todo el mundo. Acordaos, Señor, de vuestra creatura, que habéis redimido con vuestra divina sangre. Que ese cuerpo y esa sangre de infinito valor purifiquen mi alma, regeneren mis sentidos y me hagan fuerte contra las astucias y asechanzas del enemigo infernal.—Amén.

Encended, oh buen Jesús, con el fuego de vuestro amor este mi corazón, que os ofrezco en holocausto,

y extinguid toda llama de amor terreno, para que nada en el mundo me agrade fuera de Vos. En sólo vuestro amor deseo vivir y anheló morir.

Oigo vuestra voz, oh Jesús mío dulcísimo: "Venid á mí, todos los que andáis agobiados con trabajos y aflicciones; que yo os aliviaré." Extendidos en la cruz vuestros brazos, me esperáis. Vengo, oh buen Jesús: admitídmе, os ruego, para que estrechamente abrazado á Vos, para siempre perseverar en vuestro amor.

Mandáisme que no comparezca vacío en vuestra presencia. Pero ¿qué os daré, oh mi amantísimo Jesús? Recibid los dones de vuestra bondad; las facultades del alma que dedico desde hoy á vuestro obsequio: memoria, entendimiento y voluntad. Que de Vos sólo me acuerde; que nada sepa fuera de Vos; que sólo á Vos ame, y que en ninguna cosa mía me ocupe en adelante, sino en lo que es de vuestra mayor gloria.

PARA DESPUES DE LA COMUNION.

He encontrado al que ama mi alma; le abrazo, y ya no le dejaré. A Vos abrazo, mi dulce Jesús, y en Vos tengo todo el gozo que mi amor pudiera desear. Tengo en Vos el tesoro de mi corazón, y en Vos poseo todas las cosas. Sienta mi alma la grandeza de vuestra presencia, y guste cuán suave sois, oh Señor!, para que purísimamente enamorada de Vos, nada busque ya fuera de Vos; nada ame, sino por Vos. Vos sois mi Rey; no os olvidéis de mis tribulaciones y miserias. Vos sois mi Juez;

perdonad mis pecados, y compadeceos de mí..... Vos sois mi médico; sanad todas mis enfermedades..... Vos, el Esposo de mi alma; desposaos conmigo para siempre..... Vos, mi Capitán y mi defensor; ponedme á vuestro lado, y pelée contra mí la mano de quien quiera..... Vos os habéis hecho víctima por mí; y yo os ofreceré perpetuamente sacrificio de alabanza..... Vos sois mi Redentor; redimid mi alma de mano de mis enemigos, y salvadme..... Vos sois mi Dios y todas mis cosas. Y "¿qué cosa puedo apeteer yo del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de Vos, oh Dios mio?"

¿Que os daré, oh Padre de las misericordias? Porque de tal manera habéis amado al mundo, que disteis por él á vuestro Hijo unigénito, no sólo para que padeciese la muerte por nuestra salvación, sino para que fuese alimento de nuestras almas y estuviese con nosotros, hasta la consumación de los siglos. Ofreceros, pues, en acción de gracias, este mismo Hijo vuestro amadísimo, que, aunque indigno, acabo de recibir por beneficio vuestro, y con El me ofrezco á mí y todas mis cosas.....

¿Qué os daré, oh Hijo amabilísimo de Dios vivo? Porque, no sólo os habéis dignado tomar nuestra propia naturaleza y morir por mí, sino venir á mi corazón en vuestra propia carne, para que unido con vuestra carne á la mía, y con vuestra alma á mi misma alma, me hiciese en cierta manera uno con Vos, y puesto que soy ya partícipe de vuestra humanidad sacratísima, resultase partícipe también de vuestra

adorable divinidad..... ¡Oh dignación de inmensa caridad! ¿Quién es el hombre para que así le engrandezcáis ó para que se ocupen en él vuestro Corazón? ¡Oh Jesús mio! ¿De qué manera os daré gracias? ¿Qué os daré por aquel amor infinito, con que me habéis favorecido? Recibid en retorno todo mi ser; pues habiendo percido todo él, por mí os habéis dado del todo á Vos mismo. Pero, pues yo no puedo ser oblación digna para Vos, os ofrezco á vuestro mismo Padre amantísimo, y con El al Espíritu Santo; os ofrezco á vuestra purísima Madre, la Virgen María, pues nada, después de vuestro eterno Padre, y del Espíritu Santo, puede seros tan amable como Ella en los cielos, ni en la tierra. Recibidme, pues, aunque indigno, oh Jesús, en unión de esta oblación preciosísima, y haced que eternamente goce de vuestra gloria, cuya prenda me habéis dado ya en este augusto Sacramento.—Amén.

¿Qué os daré, oh Espíritu Santo, que, procediendo del Padre y del Hijo, sois la fuente y el origen del amor que sobre mí habéis derramado con tanta bondad? Por Vos conmovido el Padre, dió al mundo á su Hijo Unigénito; por Vos el Hijo se ofreció á nuestra redención. Vos habéis enriquecido con vuestros dones, para que fuese Madre suya purísima, á la Inmaculada Virgen Maria, y de su carne virginal habéis formado ese precioso cuerpo, que ahora, por vuestro beneficio, acabo de recibir en el augusto Sacramento de la Eucaristia. Vos me hacéis participante de sus méritos; de Vos proceden los dones de todas las gracias. ¿Qué gracias, pues, os daré, oh divino Espíritu? Recibid mi corazón, que os habéis

dignado hacer objeto de vuestra benignidad y de vuestro amor. Purificadle, os ruego, de toda mancha de pecado; adornadle con los siete dones de Vuestras gracias, y preparadle para que os sea agradable templo. Venid, Paráclito divino; venid, Padre de los pobres, fuente de las gracias.—Amén.

LA SANTA MISA.

Grande es la importancia de la sagrada *Misa*, así llamado este santo Sacrificio; porque, como enseña Santo Tomás, la ofrenda es enviada del cielo á la tierra, pues de allí viene Cristo nuestro Señor al Sacramento; y los fieles por medio del sacerdote, y todos por mano de los ángeles, la vuelven á enviar de la tierra al cielo, presentándola á Dios nuestro Señor. Una de las excelencias de este santo Sacrificio, es que ha de ser perpetuo en la Iglesia hasta el fin del mundo. En él se presenta una ofrenda tan pura y santa, que no puede serlo más; porque es el mismo Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, que en cuerpo mortal y pasible se ofreció en la noche de la Cena. No quiso el divino Jesús fiar tan preciosa ofrenda á solos sacerdotes que fuesen puros hombres; sino que, aunque para ello se vale de hombres que sean instrumentos suyos. El mismo quiere ser el principal sacerdote, y desde el cielo, por medio de los sacerdotes, que son como embajadores suyos, ofrece este Sacrificio por nosotros. Por eso, el sacerdote, cuando consagra, no habla en su nombre, sino en el de Cristo nuestro Señor. Este santo Sacrificio es el mismo que el divino Jesús ofreció en la cruz,

aunque de diferente manera, como enseña el santo Concilio de Trento; porque en la cruz El mismo se sacrificó á sí mismo, puesto que por su voluntad se ofreció á la muerte, cuyos ejecutores fueron los verdugos; pero en la Misa ofrecese á sí mismo para representar esta Pasión, tomando por ejecutores á los sacerdotes. El Sacrificio de la cruz fué causa universal de nuestra redención, con el precio de la sangre que se derramaba por todos; pero el de la Misa, aunque contiene toda aquella sangre, es para aplicarla en particular á cada uno, aunque en lo demás son un mismo sacrificio.

Cuando el divino Salvador vino al mundo en carne mortal, para ser crucificado en la cruz, bajó del cielo el ejército de la milicia celestial, cantando con alegría. En la hora de este santo Sacrificio de la Misa, dice San Gregorio, á la palabra del sacerdote ábrense los cielos y bajan también los ángeles para asistir á este tremendo misterio. ¡Oh milagro de ardentísima caridad! El que está sentado en la gloria con el Padre, en aquel momento anda entre las manos de los hombres, y se entrega á los que quieren recibirle. El que "se sienta sobre los querubines, y vuela sobre las plumas de los vientos," viene á ser sacrificado para servir de alimento á los hombres. . . . !

Es la Misa un sacrificio de acción de gracias, con infinita eficacia para agradecer á Dios todos los beneficios que nos ha hecho, aunque sean innumerables é infinitos; por eso se llama sacrificio *eucarístico*. Vale también para *impetrar* y alcanzar de Dios los demás bienes que le pedimos, corporales y espirituales, temporales y eternos; pues en ella no sólo pedimos

á Dios por título de misericordia, sino que le ofrecemos el precio que nos mereció Cristo nuestro Señor en su Pasión, que para nosotros es también título de justicia. Y no sólo pedimos en nombre de Cristo, sino que le ofrecemos al mismo Cristo con sus infinitos merecimientos.

Este divino Sacrificio es por excelencia *propiciatorio* y *satisfactorio* por nuestros pecados, aplicándonos por ellos las infinitas satisfacciones del Salvador, y el precio de su misma Pasión.

Todos lo que participan del fruto de la Misa, pueden reducirse á dos órdenes: los que la ofrecen y aquellos por quienes se ofrece. Entre los que la ofrecen, el principal es el *sacerdote*, el cual además de ser persona *particular*, necesitada de este mismo sacrificio como los demás fieles, en él es *persona pública* por dos títulos: porque representa la persona del sumo sacerdote Jesucristo nuestro Señor, cuyo instrumento es para ofrecer este Sacrificio; y porque le ofrece en nombre de la Iglesia universal. Ofrecen, en segundo lugar, este sacrificio todos los fieles que asisten á la Misa, ó piden que se diga por ellos; los cuales por medio del sacerdote y unidos con él hacen la misma ofrenda. Los demás fieles, excepto los excomulgados, pertenecen al segundo orden de aquellos por quienes se puede ofrecer; por modo de *impetración* se puede generalmente extender á todos los hombres del mundo; y por las benditas almas del Purgatorio por vía de *satisfacción* por sus pecados.

El primero de los *frutos* de la sagrada Misa, es la *remisión* de las culpas mortales, no como se hace por el Sacramento de la Penitencia, sino impetrando

para los pecadores por quienes se ofrece, la *perfecta contrición* con que se dispongan para que Dios les infunda la primera gracia, por la cual quedan justificados, aunque obligados á confesarlas en la primera ocasión que se les ofrezca. Otro de los frutos, es la *remisión de los pecados veniales*. El tercero, es alcanzar del Señor *aumento de gracias y virtudes* y los *dones sobrenaturales* á cuya impetración se ordena la santa Misa. Y el cuarto, es la *impetración de bienes temporales*, en el grado en que ayudan á nuestra salvación.

Antes de ponerse las sagradas vestiduras, el sacerdote *se lava las manos*, diciendo: "Da, Señor, virtud á mis manos, para purificarme de toda culpa, y para que sin mancha de alma y cuerpo pueda emplearme en tu servicio."

Las *sagradas vestiduras* representan muy al vivo la preparación de virtudes y buenas obras con que debe adornarse el sacerdote para celebrar dignamente la santa Misa.

El *amito*, con que se cubre primero la cabeza y después los hombros, cubriendo el cuello del vestido, representa la virtud de la esperanza y confianza en Dios, tan necesaria á los sacerdotes en la celebración de este augusto misterio; por eso dicen al imponérselo: "Pon, Señor, en mi cabeza el yelmo de salud, para vencer en los encuentros de los enemigos."

Es el *alba* una vestidura de lienzo, que cubre todo el cuerpo hasta los pies, y representa la inocencia de la vida y la limpieza del corazón. Al vestírsela, dice el sacerdote: "Blanquéame, Señor, y limpia mi corazón, para que blanqueado con la sangre del Cordero, goce de los deleites eternos."

Para ceñírsela, se aplica el *cíngulo*, que representa la virtud de la castidad, y dice el sacerdote: "Ciñeme, Señor, con cíngulo de pureza, y apaga en mi carne el humor de la sensualidad, para que permanezca en mí la virtud de la continencia y castidad."

El *manípulo*, que se pone el sacerdote en el brazo izquierdo, significa la virtud del celo, que engendra tristeza y dolor de los pecados propios y ajenos, en cuanto son contrarios á la honra de Dios y á la salvación de las almas. "Merezca, Señor, dice el sacerdote al ponerse, llevar el manípulo, ó manojito de llanto y dolor, para que reciba con alegría el jornal de mi trabajo." Tiene el manípulo en su centro una cruz á manera de escudo, que indica las armas defensivas que hemos de prevenir para la guerra que sostenemos contra los enemigos que nos combaten con las cosas adversas de esta vida.

La *estola*, que se pone al cuello, cruzándola por medio del pecho, y sujetándola con el cíngulo, significa la obediencia que se ha de tener á la ley de Dios, la cual manda el Espíritu Santo que pongamos en nuestro cuello como collar de grande estima, preciándonos de sujetarnos á ella y de llevar su yugo con humilde rendimiento. Al ponérsela, besando la cruz que tiene en el medio, dice el sacerdote: "Devuélveme, Señor, la estola y la vestidura de inmortalidad, que perdí por el pecado del primer padre; y, aunque siendo indigno, me llevo á tu sagrado Sacramento, merezca yo alcanzar el gozo eterno."

La *casull*, que es la más importante de las sagradas vestiduras, significa la virtud de la caridad, que hace suave el yugo de la ley y cruz de Cristo, y la

carga de sus preceptos y consejos. Por eso, dice el sacerdote al ponérsela: "Oh Señor, que dijiste: mi yugo es suave, y mi carga ligera, concédeme que lo lleve de tal manera, que alcance tu gracia."

MISA DE LA MADRE SANTISIMA DE LA LUZ.

Comiézase invocando á la Santísima Trinidad; porque con su virtud debe hacerse toda obra que tiene por blanco á Dios.

V. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.—Amén.—Me acercaré al altar de Dios.

R. Del Dios que llena mi alma de gozo siempre nuevo.

V. Juzgadme, Señor, y separad mi causa de la de los impíos; libradme del hombre injusto y engañoso.

R. Vos sois mi fortaleza, oh Dios mío; ¿por qué me habéis desechado? y ¿por qué me dejáis en la tristeza y oprimido por mi enemigo?

V. Haced brillar sobre mí vuestra luz y vuestra verdad; que me conduzcan sobre vuestro santo monte y á vuestros tabernáculos.

R. Y me acercaré al altar de Dios, del Dios que llena mi alma de un gozo siempre nuevo.

V. Cantaré vuestras alabanzas con el arpa, oh Señor Dios mío; ¿por qué estás triste, alma mía, y por qué me perturbas?

R. Espera en Dios; porque yo le tributaré todavía acciones de gracias; El es mi salvador y mi Dios.

V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.